01.

DE LAS RUINAS SE CONSTRUYEN CATEDRALES

Por Arq. Ignacio Mallol Tamayo
ciudad@lobbylife.com

"Todo el espacio lo reúne el silencio. -Anónimo"

Las catedrales se hicieron para la eternidad, como las mujeres. El cuerpo y el espíritu se conjugaron en la oración, en esos espacios de luz y fraternidad.

Los grandes maestros y arquitectos de hace siglos asumieron el espacio con toda la libertad del silencio y la palabra pudo permanecer hasta nuestros días.

Era una época donde no había tiempo y la arquitectura reinaba en todos los espacios posibles, no solo transformaba el paisaje con obras adoradas por las personas, sino que en su interior nos enseñaban la perfección, el arte, la disciplina, la creatividad, sabiduría, curiosidad por el detalle y el diseño como una amalgama de belleza, armonía y perfección.

La herencia de estos maestros y arquitectos, verdaderos filósofos del espacio, de su entorno y de la belleza, sus formas y funciones, ha sido su tenacidad.

Esa es su huella profunda para nosotros los arquitectos del siglo XXI, y sobre todo los jóvenes que hoy ingresan a nuestro Estudio y a cualquier otro en el mundo, donde se hace necesario integrar diseño, oficio, disciplina y tecnología.

Eran otros siglos, pero la arquitectura es el ejercicio de la perseverancia y la curiosidad, el diseño y el plano elaborado hasta su último detalle, es la pasión que te permite cumplir tus sueños, hacer posible lo que fue una idea que surgió de tu mente, de tus ojos, o de algún detalle en un paisaje o lugar de paso.

La capilla Ronchamp de Le Corbusier no solo es un ejemplo de la maestría del genio del suizo, sino de la conjugación de la historia y el azar, del infortunio, adversidad, de los más grandes desafíos que imponen las ruinas y un campanario como testigo único, una sucesión de desgracias convertidas en cenizas.

De esa desolación, un sitio desamparado, aferrado a un campanario, el agnóstico Le Corbusier, padre del movimiento moderno, erigió, no sin oposición la capilla de Notre Dame de Haut (capilla de Nuestra Señora de las Alturas), en la frontera franco-suiza.

Fueron numerosos los procesos, las intervenciones, proyectos, hasta que en la Segunda Guerra Mundial fue bombardeada y destruida.

La fe del hombre y de un arquitecto, que siempre dijo que "la idea nace en el cerebro, indefinida deambula y crece", esta vez la desarrolló al construir los cuatro puntos cardinales en una columna.

El proyecto construido fue más ambicioso que la capilla, estuvo acompañado de una serie de otras propiedades que le prestaban servicios.

En la libertad y confianza se erigió ese maravilloso monumento al espíritu humano, que hoy visitan bianualmente alrededor de 100 mil personas.

Fueron tiempos de una vida contemplativa, existía un principio y un fin espacioso, indeterminado, no apresurado, las obras no se medían, en horas, ni, años, una mano de obra diestra, experimentada seguía las indicaciones, los lineamientos, los planos del maestro y sus ideas se consagraban en el espacio exterior, interior, público, en el más mínimo detalle. No había tiempo, sino una comunión entre el arte, la belleza, lo funcional y la perfección.

La vocación y la perfección iban unidas, la palabra excelencia se reflejada en cada volumen, en el más mínimo y aparentemente intrascendente espacio, porque nada quedaba al azar. Había un tiempo casi infinito en esos tiempos.

Las últimas décadas del siglo XX y lo que llevamos del XXI, son tiempos de iconos, de obras cuyos diseños superan a los más audaces arquitectos, no sólo por la creatividad, sino las dimensiones de los rascacielos, puentes, museos, infraestructuras monumentales con una alta tecnología. Pero, no pocos arquitectos icónicos ya no solo se preguntan si ese tipo de proyecto nos lleva hacia una ciudad comunitaria, con buenos servicios, integración en el transporte. Todo parece indicar que, en ciudades segregadas, compartimentadas, la vida es menos amable y ellas mismas se transforman en grandes espacios que no son sostenibles.

Interrogarse es una de las grandes virtudes de la arquitectura como profesión y mejor aún buscar nuevos rumbos a tiempo cuando estamos viendo cada día un desmejoramiento de las urbes a nivel mundial.

La arquitectura ha seguido transformándose con los siglos, la mano del hombre sigue siendo la misma, pero no los materiales ni las tecnologías, la imaginación forma parte de nosotros, pero las necesidades han ido cambiando aceleradamente como nuestro oficio, porque es una profesión

02.

inherente a nuestras vidas, vivimos dentro de ella, caminamos, nos rodeamos de sus edificaciones, asistimos a espectáculos, conciertos, teatros, viajamos por las avenidas, nos bordean grandes infraestructuras. La arquitectura se nos presenta casi en todas partes de una u otra manera, mientras más se puebla el mundo crecen las ciudades y las urbanizaciones. Asimismo los desafíos se agigantan., y la tecnología asume nuevos roles, inclusive reinventando y utilizando los materiales para dar forma a verdaderas soluciones.

De lo que no puede desprenderse la arquitectura, en ninguna época, ni tiempo, es de la complejidad de sus procesos, oficio, y seguirá siendo una disciplina exigente, que no podrá desentenderse de la sociedad, geografía, cultura, el arte, la ciencia, ni la poesía y menos el hombre.

La historia no dejará de ser historia, y la arquitectura persistirá renovándose, innovando, pensando en el futuro de las ciudades, porque dependiendo de la atención que le otorguemos a los crecientes problemas urbanos, a esas demandas que parecieran superar nuestros recursos, sobreviviremos con una mejor calidad de vida y dignidad.✤

Fotografías por: 01) Elena Noeva, 02) Elizabeth Crego